

**GEDEÓN** ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

# GEDEÓN

*Diputado á Cortes por Madrid*



**SEMANARIO SATIRICO**  
 SE PUBLICA LOS JUEVES  
 DIEZ CENTIMOS el número  
 ADMINISTRACIÓN  
 Fuencarral, 28, primero.

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN**

Madrid, trimestre .....	1,50 pesetas
Año .....	6
Provincias y Portugal, trimestre .....	2
Año .....	8
Número atrasado .....	0,25
35 ejemplares .....	1,50

AÑO III Madrid 7 de Enero de 1897 NÚM. 81

## A ESPERAR A LOS REYES



EL ÚNICO GRUPO QUE HA SALIDO ESTE AÑO

JUEVES DE GEDEÓN

Calínez detenido

Gedeón, sin disimular su inquietud, había preguntado repetidas veces por Calínez. Su ilustre amigo no parecía. ¡Le habrán hecho ministro! exclamaba con desasosiego; ¡dicen que hay crisis y que sale Tejada de Valdosa! Pero á este pensamiento reemplazaba en su espíritu otra terrible duda: ¿le habrá cogido un coche? Todos los españoles, incluso Calínez, podemos ser ministros y víctimas de un atropello. La primera es desgracia mayor, porque cae sobre la patria; la segunda, al fin y al cabo, con vendajes y apósitos se cura. Y cuando Gedeón fluctuaba entre imaginar á su amigo en la Casa de Socorro ó en el Gabinete que preside el Sr. Cánovas, un guardia de Orden público le trajo la siguiente carta, que en regla á la publicidad como recibida por mano pública, y que á la letra (la carta, no la mano) dice así:

Sr. Gedeón, diputado á Cortes (con acta grave) por Madrid.

Mi excelente amigo: Estoy en la prevención del distrito del Centro.

No creas por eso que habito entre las cuatro tablas que emplazan y ocultan el lugar de la Puerta del Sol donde se levantará un día la farola monumental coronada por la nariz del alcalde, iluminando al mundo; mi prevención, ó mejor dicho, la del delegado del distrito del Centro es céntrica, pero no tanto. Moramos en la calle de Jardines, él en clase de jardinero, yo en la de plantado ó detenido. ¡Cómo! dirás enarcando las cejas; tú, respetable Calínez, persona honrada á carta cabal y matriculada en las clases superiores del Ateneo; tú, huésped de una prevención como candidato á concejal ó tomador de relojes!... Te contaré punto por punto toda mi desgracia, y así sabrás, ¡oh, Gedeón! bajo qué paternal Gobierno vivimos.

Yo tengo un amigo en la redacción de *La Epoca*, pues siempre he creído, como Burell, que los amigos deben ser de la época de uno, porque si no, maldito lo que aprovechan. Pues bien; la otra tarde fui á ver á mi amigo en su redacción y no tuve el gusto de hallarle, pero sí hallé unas cuartillas desperdigadas sobre la mesa de trabajo, y que además de ostentar el membrete de la presidencia del Consejo, me parecían escritas de mano de Morlesín. Yo conozco su letra por haberla visto en las nóminas; juzgo que este testimonio no te parecerá recusable. Las susodichas cuartillas formaban reunidas por orden de su numeración un artículo refutativo de los que han publicado *El Imparcial* y el *Heraldo de Madrid*, denunciando deplorables historias cubanas. El artículo era malo, como dictado por los augustos y cacofónicos labios del cantor de Elisa; pero, en cambio, ¡oh, Gedeón, qué terrible ortografía! Leí diez veces la palabra hambre sin hache, y más de otras diez encontré un Hospital empezando por la O, que es la peor manera que tienen de empezar los hospitales. Te juro y perjuro que la escritura me pareció de mano de Morlesín; puedo, sin embargo, equivocarme. Un hombre que, como él, tiene tan excelente carruaje no puede tener tan mala ortografía. Mas ya te oigo esta pregunta: y dando de barato que Morlesín no sepa ortografía, ¿por qué estás tú detenido? Yo te contestaría con esta otra: ¿y suponiendo que Weyler sea un general en jefe deplorable, ¿por qué está Reparaz en la Cárcel-Modelo? Pero no quiero contestar á tu interrogación con otra interrogación, sino continuar mi relato al hilo de los sucesos.

Al salir de la redacción de *La Epoca* encaminéme, según mi costumbre, á la tertulia del café de Pombo. Tú no ignoras que en ese café, contemporáneo de Asmodeo, se sirven los mejores sorbetes de arroz: que se elaboran en la corte. Campillo y yo somos huéspedes constantes del establecimiento, y juzgo que todos los madrileños lo visitaréis á menudo si no mienten los síntomas de liquidación social que por todas partes se observan. En la tertulia de Pombo, entre cucharada y barquillo de sorbete de arroz, hablamos de política, de crisis, de cosas de la guerra, de las minúsculas reformas de Puerto Rico y del minúsculo ministro que las suscribe. Animado por la conversación, cometí la imprudencia de decir, refiriéndome á las cuartillas leídas en la redacción de *La Epoca*, que una persona muy allegada al presidente del Consejo se comía las haches de las palabras hambre y hospital. ¡Jamás confidencia tan deplorable hubiese salido de mis labios! Bien pronto tuve ocasión de arrepentirme. Apurado el sorbete, deshíche la tertulia, salgo á la calle, y apenas pongo el pie en la acera, un guardia de Orden público me grita por el oído derecho: ¡á la prevención! y otro por el oído izquierdo me grita ¡á la prevención! también. No puedo decir de esa frase que me entró por un oído y me salió por el otro; me entró por los dos á la vez, y yo no he salido de la prevención todavía. Trajéronme á presencia del delegado, quien tuvo la bondad de notificarme que quedaba detenido por proferir en sitio público frases

ofensivas á la ciencia ortográfica de las personas allegadas al presidente del Consejo de ministros, y después de la notificación me encerraron en un calabozo con vistas á un patio, por el delito de suponer que Morlesín se come las haches. Y en él me tienes—en el calabozo, no en el compatible—Gedeón de mi alma, todo amilanado y medroso como Sagasta en vísperas de encargarse del poder, cuando sabe que no van á dárselo.

Calabozo es el mío en que habrán dormido su embriaguez los pitimas, rascado su impudor las damiselas, deplorado su torpeza los *randas* y desfallecido sus ajetreos cuerpos los golfos. Por él, como dice con elegante y limpio verso de color de ocre Salvador Rueda, habrá pasado

la hez social, defecación del mundo

Y de lo último, hartas señales quedan todavía. Era preciso, sin duda, que tras de los *pitimas*, las damiselas, los *randas* y los golfos, lo ocupase una persona decente, y me eligieron á mí. No podía el Gobierno para este caso haber echado mano de un amigo? Sin duda no lo tuvo á sus alcances.

Anoche, ¡oh, Gedeón! pasé dentro de este calabozo uno de los peores ratos de mi vida. Como antes te dije, disfruta de vistas á un patio, y en este patio hay otros siete calabozos. Quiso mi desgracia que los siete tuvieran huéspedes y que éstos fueran gente alborotada y maleante. ¡Qué de blasfemias ó, qué de obscenidades, qué canciones y qué ruido de cambios de una peseta! ¡Estamos en la alta capital de un país culto?—me preguntaba yo, impregnadas las sienes de frios sudores—y una voz aguardentosa profería desde un vecino calabozo un ¡viva nuestro Amol con la persistencia y la brutalidad característica de la borrachera. A todo esto, por la no limpia extensión del patio corrían á su albedrío verdaderas manadas de ratas colosales; y otra voz: aguardentosa como la del viva ministerial decía alegremente:

—Miradlas, miradlas cómo se pasean. Parecen concejales sobreesidos!

¡Ah, mi entrañable amigo, qué horas tan amargas! Cuando el día vino, yo alcancé un sueño cuajado de pesadillas. Soñé que habíamos retrocedido á los peores tiempos del reinado de Fernando VII, que la intriga y la concupiscencia moraban entre nosotros de asiento; que todo delito era amparado, toda inocencia perseguida, toda libertad avasallada; soñé, en fin, que España era el inmenso patio de una prevención donde entre gritos de ¡vivan las caenas! y otros ruidos difíciles de nombrar ó definir se paseaban triunfantes y en libertad verdaderas manadas de ratas.

Sácame de este cautiverio y de estas pesadillas. Yo diré, si preciso fuera, que aquellas haches de mi culpa me las comí yo; diré que Navarro Reverter ha sido contratado en el Real para cantar la *particella* de Sansón antes de tropezarse con Dalila; diré que Castellano, merced á las reformas de Puerto Rico, ha hecho un alto en su carrera; diré que Cánovas sabe dónde tiene su mano y su ojo derechos. Todo lo diré con tal de verme libre; diré hasta que ha sido pacificada la provincia de Pinar del Río.

Y no te canso más; si eres mi amigo, acude en mi auxilio; si no lo eres, mándame un discurso de Rodríguez Sampedro.

Tuyo,

CALINEZ.

P. S. Acaba de decirme el delegado que me pondrá en libertad si le presento un fiador con casa abierta. Ven en seguida á fiarme, y deja abierta la puerta de tu casa. Seguramente te robarán los muebles; pero cuando los inocentes como tú y yo andamos en trances de justicia, natural es que hagan su agosto los rateros.

Y solo unas líneas para concluir.

Calínez está en libertad, y á Gedeón naturalmente le han robado los muebles de su casa. Los cacos no han sido habidos; pero en el gobierno civil se instruyen diligencias. Confíemos en que resultarán muy instruidas.

TROCHAS EN VINAGRE

Haría falta ser de piedra pómez para no reventar de indignación viendo á Máximo Gómez pasar, como quien bebe de agua un húcaro por la t-o-cha de Júcaro, de Júcaro á Morón. Anda, pueblo español, con fe derrocha, saca los pocos perros de tu hucha, con cara satisfecha; pomposos bombos á la inútil trocha de Artemisa-Mariel, paciente escucha y con censura estrecha proponte castigar al lengua de hacha que no asegure que la trocha dicha no la pasa arrastrándose una bicha, ni la cruza una débil cucaracha... No faltará un Zertucha que con aviesa risa

se mofe de tu estéril previsión, de tu inocencia muéla, en Mariel Artemisa y en Júcaro, Morón. Sigue, sigue de Weyler el consejo y de Arolas la sabia dirección, que mientras á ellos tu atención consagras, verás que el chino viejo pasa exclamando: —¡Magras! con risa de conejo. Sólo esperanza queda de que salte algún otro Cirujeda que al Máximo dé fin con otro batallón de San Quintín; á ese chino taimado como al mulato feo vencerán Cirujeda ó Juan Soldado, los únicos triunfantes de Maceo, que ya ni resucita ni despierta. Ellos tan sólo son los estrategos, aunque otra cosa digan en la Huerta monstruos, vizcondes y *Fabises* ciegos, y que no hay en las tropas españolas cuando el traidor mambí les acomete con su soberbia vil más Weyleres ni Arolas que el general Machete y el sargento Fusil. En fin, mientras no quede la nación como el gallo de Júcaro á Morón, puede rodar la bola (de nieve, pues que estamos en invierno) y seguir el Gobierno tumbado á la bartola. No se hable de relevos, que no queremos ver semblantes nuevos. Sigamos esperando, vecinos y vecinas. ¿Preguntáis que hasta cuándo? Preguntadlo á quien traiga las gallinas que puede ser que haiga quien no tarde y las traiga, más allá de las islas Filipinas.

¡A LA OLLA!

Esto ya no es una nación ¡oh, amigo Piave! es el más revuelto y vergonzoso de los herraderos. La pobre y desdichada opinión valerosamente estoica hasta hoy, amargamente escéptica de hoy en adelante, no está seguramente con el Gobierno pero tampoco está con el *El Imparcial* ni con el *Heraldo*.

Si fuera exacto lo que estos periódicos dicen resultaría ¡oh, Piave! que nuestro inimitable pueblo, docil y sumiso cuando le arrancan los hijos para Cuba, cuando le arrancan los cuartos para el Tesoro, cuando le arrancan el honor para los yankees, protesta y chillaba como un energúmeno porque dos ó tres diarios han sido denunciados por el fiscal.

Ello es que tales y tantas cosas se han dicho y escrito estos días acerca de la campaña, de su duración y de su término, que no ya el general Weyler, sino el propio Napoleón I que estuviera hoy al frente de nuestros soldados, tendría que exclamar con D. Luis Mejía:

Imposible la háis dejado para vos y para mí.

Y como no hay mal que por bien no venga, esta me parece ¡oh, Piave! una ocasión mucho más favorable que la muerte de Maceo para acabar de cualquier modo con lo que tiene que concluir á la fuerza y terminar de un bajonazo la vida exigua de ese bicho marrajo y traidor que lleva ya en su cuerpo cuatro espadas: la de Calleja, la de Martínez Campos, la de D. Sabas y la de Weyler.

¡A la olla, que todo es toro!

Basta de escandalizar al Universo con nuestros gritos de *No lo entiende usted*.

Basta de arrojar al redondel todo cuanto tenemos á mano, porque pudiera suceder y sucedería de seguro que él descalabrado no fuese el matador, sino los incansables peones de brega.

Nada de intentar el descabello enviando el quinto caudillo, porque ¡ay de él, si no acertaba á la primera el descabello á pulso!

El público está loco, aburrido, deseando salir de la plaza; la res está imposible, entablerada, huida, querenciosa...

¿Qué hace ya la cuadrilla?

A estas alturas ya no es posible una ovación. Cesen ya esos inícuos capotazos que desde la barrera y con aire caritativo vienen dando yankees y alemanes, ingleses y franceses.

A la olla, que ya no hay tiempo ni agnante para más.

No demos lugar á que salga la media luna, porque sería indigno que la representación de Turquía viniera con sus buenos oficios al redondel.

No demos lugar á que salgan los mansos del Capitolio, cuyos cencerros ya se escuchan y cuyas cornamentas se ven en lontananza.

¡A la olla! ¡A la olla!

Así acabaremos mal y de mala manera; pero al menos acabaremos con la res *nosotros solos*.

SOLEARES SILVELISTAS

Qué triste se halla,  
qué sólo se encuentra  
el pobre partido que manda Don Paco,  
Don Paco Silvela.

El pobre Faustino  
Rodríguez San Pedro  
ya no tiene á quien dar esas latas  
que envidia Becerro (1).

Rancés ya no *chufa*  
sus chistes mordaces:  
ya hace tiempo que el hombre no escribe,  
ni lee almanques.

Villaverde, antaño  
tan fuerte, tan tieso  
ya está hecho, flojo, claudica;  
ya se siente viejo.

Santacruz, al diablo  
se entrega, de rabia,  
y el marqués de Cubas se vuelve á sus claustros  
sin fe ni esperanza.

Dice quien lo sabe  
que hace pocos días  
cayó allí en *El Tiempo*, desde Extremadura  
cierto silvelista.

Fué allí recibido  
con palmas, con hurras,  
como corresponde á un buen silvelista  
de la Extremadura.

Y le agasajaron  
con chistes y cuentos;  
después le enseñaron de la *insigne* daga  
la vaina de cuero.

Y cuando marchóse,  
en *corporación*  
bajaron los trece ó catorce del grupo  
hasta la estación.

Muy contento el hombre  
volvió á su Montánchez:  
de estos madrileños tan buenos amigos  
hubo de acordarse.

Pensó en la *matanza*  
que había en su tierra,  
y acordó remitir de embutidos  
una caja llena.

Picantes chorizos,  
grasientas morcillas,  
orondos jamones, blancas butifarras,  
barramejas salchichas...

Con grande entusiasmo  
sobre ellas cayeron,  
y al punto acordaron, como un solo hombre:  
—Es tarde *pa* luego.

¡Qué *juerga*, señores,  
la que organizaron!  
Lástima que en ella no estuvo presente,  
¡qué dolor! Don Paco...

Mas luego he sabido  
que la hermosa *juerga*,  
va á tener (lo asegura Noherlesoom)  
graves consecuencias.

Pues dicen y dicen  
que los Reyes Magos  
de quien mucho Silvela esperaba  
ya se han enterado.

Ya se han enterado  
de la comilona,  
y al pobre partido que en *aquellas* rejas  
dejara las botas,

al pasar los Reyes  
por junto á las rejas,  
¿dejarán chsequios? ¡Qué, no!... Se llevarán  
las botas aquéllas.

Y así dicen muchos,  
en tono de broma,  
que los silvelistas ahora ya no pueden  
ponerse las botas.

DE OJO

El amigo Clarín sigue muy empeñado en demostrar que él tiene muchos, pero muchos enemigos, y que solamente son amigos suyos Galdós, Pereda, Campoamor, Echegaray, Menéndez y Pelayo. Gedeón es mucho más modesto y se contenta con afirmar que estos últimos señores son también amigos suyos y además lo son mu-

(1) De Bengoa, naturalmente.

chos de esos jóvenes de quienes Clarín opina olímpicamente que *no hacen cosa de provecho*. Lo cierto es que ningún joven debe á Clarín el más insignificante favor... porque Rueda y Urrecha y Fray Candil, de quienes tanto bueno ha dicho el autor y único paladín de *Tercera*, sólo son mozos, comparados con Bustillo ó con D. Federico Bart.

Pues, en verdad te digo, oh, amable Calinez, que muy pocos jóvenes de esos que *nada hacen de particular*, firmarían el siguiente parrafito del amigo Clarín:

«Manolito (un niño de ocho años) se fué hacia su padre, *se le metió entre las rodillas* y emperó á acariciarse las mejillas, frotando con ellas los rai-dos pantalones de su señor padre.»

¿Cómo podrá un niño de ocho años meterse á su padre *entre las rodillas*, aunque el padre sea el señor ministro de Ultramar? ¿Cómo quien tanto sabe de todo y quien tan buen oído tiene, no será capaz de advertir ese mosconeó insufrible de *illas, illas y ellas* que suena á verso de Jackson Veyán, como *carino y niño* que en la siguiente frase están juntos... rabiando?

Es que Clarín tiene, en efecto, los citados amigos *buenos* (vamos, buenos amigos y buenos escritores), pero á esos los ve de tarde en tarde, y en cambio para el trato usual y para el carteo cotidiano, se conoce que sólo *dispone* de Posada, Buylla, Unamuno, Giner, *Amaniel*, Bustillo y demás *destrozones* del castellano.

Y no vaya á creer Clarín que Gedeón es otro *enemigo intercalable* en la lista de *Candiles, Ranas, Carullas*, etc., ni joven *obviado* en las revistas literarias de *El Imparcial*, ni envidioso de ningún catedrático de provincias. Gedeón es solamente amigo de la verdad y de Morlesín, á quien debe el acta de diputado á Cortes.

También doña Emilia padece de esa especie de *mania persecutoria* de que muy pocos literatos se ven libres. Por lo cual hará muy bien rectifican-do la *especie vertida* por ella no hace mucho, de que Manila está en la Oceania.

No, señora; no es menester irse á Manila para saber que esta ciudad se halla situada en la isla de Luzón y es la capital de las Filipinas, *archipié-lago asiático*, según los mejores autores.

Otra cosa podrá decir las Geografías para niños de la escuela; pero no las que se escriben para señores y señoras mayores.

El Sr. D. Manuel B. Cossío, maestro de escuela, si no estamos equivocados, é individuo de número del *Katipunán submerionano* ó Sociedad filantrópica de auxilios y *gimeres de los rios* mu-u-os, agarra la pluma y elabora las siguientes proposiciones:

«Hay que pedir al niño que nos deje ver en su alma clara y sencilla cómo se ha llegado á las complejas construcciones del grandioso pensamiento de un Platón ó de un Hegel; hay que reunir amorosamente, comparar, interpretar los rasguños vacilantes, los toscos montigotes que traza el niño en sus primeros años, para ponerse en camino de saber, si algún día se sabe, el misterioso proceso que lleva á concebir y á pintar Las Lanzas ó el techo de la Capilla Sixtina; hay que notar el primer llanto del recién nacido, sus primeros gritos, sus primeras balbucientes palabras, su primer juego, el primer indicio de su libre representación ideal, si queremos llegar tal vez á la ignorada fuente de dónde sacaron los raudales de su rítmica *belleza* literaria Cervantes y Shakespeare. Y así de la moral, de la religión, de la industria, de todo; porque la poética intuición de que «el niño es el padre del hombre», ha sido ya consagrada por la ciencia, que añade además «hermano de la raza».

Y después de esta sarta de incongruencias alemaniscas, dice que hay *dos direcciones paralelas* que no van en sentido contrario; es decir, una misma dirección, como puede observar el lector curioso.

Bueno; pues, ¿no sería mejor que estos señores que se las echan de pedagogo y molestan lo indecible á la humanidad con sus extravagancias, aprendiesen primero á hablar y escribir con propiedad y corrección?

Porque esto les debe importar á los maestros y á los niños mucho más que los pensamientos de Hegel y que los techos de la Capilla Sixtina.

....y armas al hombro

Profecía gedeónica

Dentro de muy poco se encargará del mando superior de Cuba el general Primo de Rivera. Celebraremos que salga bien de su difícil empeño.

Comunicación importante:

«El señor ministro de la Guerra ha contestado al mensaje

de felicitación que le dirigió el gremio de abacería de esta capital.»

Vamos, D. Antonio; que también esto lo van á comentar muy sabrosamente los periódicos filibusteros.

Opiniones acerca de la crisis por el abad Spearindeo, es decir, por el Sr. Sagasta:

«Por eso un ministerio de personas, no de partido, podría constituir una solución, ya que las personas no se gastan tanto.»

Claro es que no se gastan las personas. Si se gastasen, ¿sería presidente D. Antonio? ¿Iría por ahí dando voces el Sr. Salmerón? ¿Alimentaría esperanzas el propio D. Práxedes?

De un periódico:

«Caracterizados ministeriales, decían ayer que el Gobierno no tiene formado aún jefe definitivo sobre el resultado de las operaciones militares de Pinar del Río.»

El Gobierno va siempre detrás de la opinión. Y ésta ya tiene formada la suya, que es la siguiente:

En aquel Pinar hay poca resina. Y mucha *resinación*.

Dice así un colega:

«Telegramas de Cuba de origen particular recibidos esta tarde, y de los que se hablaba mucho en los círculos políticos, indican que corre en la Habana como muy válida la noticia de que el *generalísimo* de los insurrectos, Máximo Gómez, y otros importantes cabecillas se preparaban para presentarse á las autoridades, sometiéndose á España.»

¿Están derrotados?  
¿Están convencidos?  
¿Estarán cansados?  
Están ¡aburridos!

Noticias frescas:

«Por el correo de hoy se han recibido noticias fidedignas que demuestran haber pasado Maceo, de Pinar del Río á la provincia de la Habana por tierra y no por mar, como se dijo á raíz de la muerte del célebre cabecilla.»

Pero, oye, Calinez: ¿todavía se habla del paso de Maceo?

—¡Como que después no ha pasado nada!

De lo mismo, para no variar:

«Desde luego, á juzgar por el número de insurrectos que quedan en Pinar del Río, según el cómputo del general en jefe, la presencia de éste en ese teatro de operaciones, no es indispensable ni mucho menos.»

Claro es que su presencia en el teatro no es indispensable.

¡Como que nadie ha de llamarle á escena!

Los caseros de esta corte han formado sociedad: ¡pobres de los inquilinos, mal lo vamos á pasar! Por más que hay quien asegura que muy pronto acabará la unión, porque hace unos días hubo junta general, y porque dijo la junta que se debía aumentar en *ocho perras* al mes la cuota, hubo cisco tal que por poco se disuelve la flamante sociedad. Se me ocurre que á la Antilla conviene mucho enviar una junta de caseros, y, ya ustedes lo verán: la guerra saldrá barata: no habrá por qué *denunciar*... y andará suelto y campante el ilustre Reparaz.

NUESTRO ALMANAQUE Y LOS OTROS

El del *Blanco y Negro* es precioso y dará mucha luz á su propietario.

Lleva doce lindísimas ventanas de Arija.

El de *Apuntes* muy artístico y con su medalla.— El texto muy artístico también.

En el de *Madrid Cómico* anuncia Sinesio Delgado su viaje por España. El amigo Sinesio descansará á la diestra de Dios Padre. Por de pronto publica un retrato de Cánovas.

El del *Quijote* pega fuerte y ostenta una preciosa portada.

El del *Nuevo Mundo* es muy ameno y está muy bien tirado.

El nuestro no vale más que una peseta; pero ya apenas quedan ejemplares. Los pocos que tenemos se los ofrecemos al público; mas repetimos la frase de anteriores números: ¡Apresuraos!

Establecimiento tipográfico de E. Jaramillo,  
San Agustín, 2. Madrid

# MONSEÑOR, QUÉ AÑO!!



EL NUNCIO.—¿?????  
 CÁNOVAS.—Para obsequiar a Su Eminencia el Nuncio,  
 á todo el que denuncia... le denuncio.

EL NUNCIO.—!!!!!!!  
 UNA REHABILITACION

## Lo que han puesto los Reyes

La experiencia de nuestros tratos y contratos con los Estados Unidos ha hecho creer firme y ciegamente á GEDEÓN en la candorosa inocencia de nuestros hombres públicos, probada y «reprobada» mil veces en los susodichos tratos y contratos, y vuelta á probar en la noche de Reyes, durante la cual ni uno solo de los españoles eximios y conspicuos ha dejado de poner al balcón sus respectivos botines de charol, zapatos de orillo ó botas de montar.

Y para que se vea que tanto Melchor como Gaspar y Baltasar han premiado debidamente tan infantil como encantadora inocencia, damos á continuación la lista de los regalos que los Santos Reyes acaban de dejar por esos balcones, rejas y ventanas.

A D. Antonio Cánovas... un número de *El Imparcial*.

A *El Imparcial*... cuatro números... y un cabo.

A D. Práxedes M. Sagasta... la esperanza; pero como es verde, puede que se la haya comido cualquier exgobernador fusionista.

A D. Francisco Silvela... la espada de Martínez Campos para que haga las veces de daga florentina, mientras ésta se encuentre en casa del vaciador.

A D. Valeriano Weyler... le han puesto en el zapato su horma correspondiente.

A Eusebio Blasco... A éste ya no le ponen nada los Reyes.

A D. Antonio F. Grilo... A este siguen poniéndole; aunque cada vez menos.

A D. Antonio Maura. un loro que canta:  
 ¡Cariño!  
 Ya están las reformas  
 en Puerto Rico.

Al duque de Tetuán... un retrato doble de Mac-Kinley. Para que lo mire, no ya con lentes, sino con estereóscopo.

## Capítulo de dulces y juguetes

A la Agencia Fabra.—Marrón y más marrón.

A Linares Rivas.—Una muñeca.

Al general Azcárraga.—La última caja de soldados.

A Jackson Veyán.—Aleluya fina.

A Noherlesoom.—Una cometa.

A Navarro Reverter.—Otra caja del Tesoro, es decir, una caja de música.

A Polavieja.—Un rompecabezas.

A Beránger.—Una imprenta de mano.

A Salvador Rueda.—Una caja de colores.

A Martínez Campos. Piñones confitados, del Pinar... del Río.

A Moret.—Una linterna mágica.

A Salmerón.—Un Portafolio de viajes republicanos.

A Cerralbo, Mella, Sanz, etc.—No les han traído nada los Reyes por ambiciosos, es decir, por haber querido adelantar la Epifanía con su viaje á Venecia.



Todo es cuestión de Tiempo.

## NUEVO DICCIONARIO

de la Real Academia Gedeónica.

(No confundirla con la de enfrente.)

(Continuación.)

APESADUMBRADO.—Aún hay en Madrid quien lo está con la muerte de Maceo. ¿No lo creen ustedes? Pues Gedeón lo sabe de buena tinta.

APETITO.—El único verdadero móvil de la política y de los políticos en donde quiera que existe la raza... y rianse ustedes de lo demás.

APETITOSO.—Ahí le tenéis, niñas: el marqués de Lema, que todavía no ha tirado el pañuelo.

APEZUÑADO.—Senador yankee ó diputado italiano de la fracción de Imbriani; todos son unos...

APIADARSE.—Lo que sienten varias naciones europeas respecto de los salvajes de Cuba y Filipinas, pero no respecto de los soldados de España. Bueno es saberlo para obrar, aónde y como convenga.

APICE.—Está claro: el ministro de las Colonias. || *Estar en los ápices*.—Dícese de D. Antonio, que lo sabe todo, aunque con retraso. || *No discrepar un ápice*.—Aplicase á la altura física del ministro antes citado y á la altura política desus compañeros de Gabinete.

APIPOLLADO.—Nuestro amigo y predecesor señor Frontaura que echa pimpollos por las plantas.

APLAUDIR.—Lo que se nos ha olvidado ya á todos, por falta de motivos para ello.

APLAZAMIENTO.—Sistema de obviar las dificultades, inventado por D. Práxedes Mateo, y puesto en uso por algunos generales.

APLICABLE.—Para todo: Morlesin.

APLICACIÓN.—Cualidad desconocida ó muy poco usual en esta bendita tierra.

APLICAR.—El artículo tal ó cual: Los dioses nos libren de tales aplicaciones, para que nadie diga: *Reparaz* en estos mártires... y los dioses también saquen á D. Gonzalo del apuro. || *Aplicar el oído*: ya lo hace cuanto puede *Montecristo*, aunque sin grandes resultados.

APLOMADO.—Y no solo aplomado, sino aculado á las tablas va estándole el Gabinete que nos goza.

APOCAMIENTO.—Estado actual del ex-partido republicano.

APODERADO.—Algunos dicen que Morlesin es el apoderado de Cánovas, pero lo cierto es que cuando alguien le pregunta:—¿Es usted su apoderado?—Morlesin responde:... ya saben ustedes, lo del cuento.

APODO.—El más insultante que se conoce es el de yankee.

APOLLARSE.—Acción y efecto de pertenecer á la Academia Española, *secundum* Escalada.

APOLTRONARSE.—Idem, idem, de pertenecer al Consejo de Estado.

APOCARSE.—Tratar con los Estados Unidos.

APOGARSE.—Hacerse porra: es resultado fatal de leer *La Ilustración*.